

# Sábado

Revista Semanal

Primer año

MEDELLIN, 18 DE JUNIO DE 1921

Número 7



ARMANDO SOLANO

VALOR  
15 cts.

DIRECTORES:  
CIRO MENDIA  
GABRIEL CANO

SABADO  
REVISTA SEMANAL

PUBLICADA POR LA  
SOCIEDAD EDITORIAL  
LITERARIA

Primer año

MEDELLIN, 18 DE JUNIO DE 1921

Número 7º

## EL ARTE DE ESCRIBIR

### I

Imitando la frase de Feijóo: «Son infinitos los que hacen coplas y ninguno es poeta», podríamos decir sin recelo: «muchos son los que escriben y pocos saben escribir». Como el personaje de Molière, que componía prosa sin darse cuenta, casi todos escribimos sin saberlo, sin percatarnos de que «hacemos literatura».

Escribir con desaliño y de cualquier manera es cosa fácil; pero escribir con elegancia y propiedad, ahí está el busilis. Porque escribir es un arte, como la pintura, como la música, y un arte que se aprende, a fuerza de consagración tanto como de talento. Hay quien se figura que para escribir bien no se necesita antesala ni estudio, tomando al pie de la letra el adagio popular: «se nace poeta, como se nace músico»...

Se nace, es cierto, con disposiciones en el verso o para la prosa, pero para llegar a ser un buen prosista o un gran poeta, no basta sentirse a determinadas horas, en los momentos de inspiración, delante de un pliego de papel y con una pluma en la mano. Indispensable es también la lectura de los buenos autores, el conocimiento íntimo del idioma y el manoseo constante del léxico o del diccionario de la rima.

Así como el pintor no logrará serlo de verdad sin nociones de dibujo y de perspectiva, ni el músico podrá componer sonatas sin saber contrapunto, tampoco el literato llegará a ser buen escritor sin esa técnica del arte de escribir, fruto de la constancia y del análisis de las obras maestras. Con los mismos colores de la paleta y con las mismas notas del pentagrama, de que disponen los artistas renombrados, un pintor chabacano y un músico malo producen obras detestables. Sirviéndose de las mismas palabras del diccionario, un escritor brillante y un escritor vulgar llegan a resultados diferentes.

Se dirá que el arte de escribir no se aprende con la misma facilidad con que se aprende el arte de la pintura o el arte de la música, siendo estas dos artes más prácticas y tangibles, por decirlo así. Por esta razón no existen clases para aprender a escribir novelas, como existen clases de dibujo y de solfeo. En la enseñanza superior tenemos el curso de retórica, pero todos estamos convencidos de su esterilidad, pues hasta hoy no se sabe que de esas clases haya salido ya formado un altísimo poeta o un excelente prosista.

Débase esto más que todo a la deficiencia de la enseñanza y a la incapacidad de los que la dirigen. Hasta hoy, los maestros de literatura y los manuales y textos literarios no han producido buen resultado, por su imperfección. Pero podrían escribirse provechosos tratados, que sirviesen de guía y consulta a los escritores. Uno de ellos es *L'art d'écri-*

*re enseigné en vingt leçons*, de Antoine Albalat, cuya lectura recomendamos a todos aquellos que aspiren a perfeccionar su estilo y a adquirir ese exquisito gusto que distingue a los buenos escritores. Otras obras del mismo autor, *La formation du style*, *Le travail du style*, completa i la citada y constituyen un ejercicio intelectual utilísimo.

Es propio de haraganes literarios fiar el trabajo a la facilidad y a la inspiración. Un estilo nunca será correcto si no se lima, si no se cuele a través de un cedazo finísimo que lo depure y lo libre de polvo y paja. Traducimos de Albalat: «Si es verdad que el genio es una continua paciencia, digamos que el arte de escribir puede aprenderse pacientemente, victoriosamente».

Tres condiciones debe reunir, según Albalat, el buen estilo: originalidad, concisión y armonía. «La originalidad es la condición primordial, esencial del estilo». ¿Pero cómo alcanzar esa originalidad que nos parece el lote de unos pocos favorecidos? Para alcanzarla es preciso, en absoluto, evitar el estilo banal, y para evitarlo es preciso saber en qué consiste. Albalat cita numerosos ejemplos de esos lugares comunes que abundan en los escritores novicios y de mal gusto. El catálogo, aunque está en francés, coincide también con frases banales en español, y traducirlo sería conveniente, agregándole multitud de banalidades propias de nuestra lengua, que se encuentran, sin embargo, hasta en escritores de fama.

El lema de todos los que se dedican a escribir para el público debería ser el siguiente: «huir de los lugares comunes»... Iba a decir: *como de la peste*, pero caigo en la cuenta de que tal frase es un lugar común.

Otra de las condiciones del estilo original es la naturalidad, que se adquiere con la meditación y el trabajo. «Se puede asegurar que lo natural es el resultado del esfuerzo»—dice Albalat.—«Flaubert pulía y repulía sus páginas con una paciencia de chino, evitando repeticiones y asonancias, para que el período tuviese aquella armonía y precisión que admiramos en *Las tentaciones de San Antonio*. Llegó a exagerar el sistema de tal manera que sus últimas obras se resienten de sequedad y aridez, porque la poda excesiva consumía la savia de la prosa».

Este estilo sobrio y diáfano que luce en las obras de Anatole France no se debe acaso en parte a la depuración esmerada, al trabajo de hacer y rehacer muchas veces la misma página, hasta limpiarla de lo trivial y de lo superfluo?

Si estos lincees de las letras necesitan seguir el precepto de Boileau:

*Ha'ez-vous lentament, et, sans perdre courage,  
Vingt fois sur le metier remettez votre ouvrage.*

Se comprende que sea aun más necesario ese pulimiento para quienes tenemos que suplir con el estudio y la paciencia lo que nos falta en genio e inspiración.

Pero la paciencia escasea y el estudio por con-

siguiente, y así resulta que casi la totalidad de los escritores «hacemos prosa sin saberlo», escribimos sin arte y sin pureza, formando ese ejército de gramófonos que Schopenhauer llamaba «jornaleros de la literatura».

Bernardo VELEZ

## LA CRITICA

¿Hay críticos literarios o hay críticos de arte y de ideas entre nosotros? Probablemente sí. No los conozco, pero tengo sabido que es mucha la cosa y la persona que ignora. Además, la exhuberancia, complejidad y fantasía de nuestra flora, de nuestra fauna y de nuestro ingenio, hacen imposible toda negación. Es preciso estar siempre dispuestos a aceptar con un regocijo convencido, con alegría militante, cuanta revelación se nos haga respecto a los prodigios de la raza. La autenticidad del espíritu ateniense, la superioridad de nuestros bardos y de nuestros pensadores sobre los del resto del Continente, son dogmas nacionales que es dulce y fácil profesar. Ellos tonifican nuestro tímido orgullo, y nos preparan para días verdaderamente mejores. Si alguien, pues, tiene la benevolencia de informarme que poseemos los críticos más eruditos y sagaces del planeta, no vacilaré en creerle; lo contrario sería un pecado de leso tropicalismo que mis amigos no sabrían disculparme.

Pero acá, muy discretamente, a puerta cerrada y en voz baja, quizá me atreva a insinuar trémulamente esta duda: no sería imposible que nuestros ilustres críticos, a quienes todo homenaje sea tributado ahora y siempre, desconozcan por completo el arte y la ciencia de la crítica. Después de todo, no sería la primera vez que un profesional ignore los fundamentos de su oficio. Mi audacia se explica, si no se excusa, cuando se leen críticas que no son sino anuncios laudatorios de la obra y de su autor, escritos para conseguirse compradores a aquélla y admiradores a éste. Pero los libros, en ese género de crítica, no se analizan, no se desmenuzan, no se clasifican. No aparece por ninguna parte la intención de averiguar el significado intelectual de la obra nueva, es decir, su génesis ideológica o su orientación. Ni siquiera la estructura material, el desempeño retórico son confrontados con las normas de la tradición y del gusto para darse cuenta de la evolución de las letras y de los caminos que ellas llevan hacia un futuro de renovaciones. Nada de eso. Estúdiase la producción superficial y circunstancialmente, sin tratar de vincularla al pasado inevitable, sin husmear su nexo con escuelas y principios; tal como si con ella hubiera empezado y simultáneamente se clausurase todo un ciclo literario. No tienen estos fraudulentamente llamados estudios, fin distinto del de ocultar la personalidad anodina del aficionado bajo una montaña de flores; flores de trapo, sin aroma y sin vida, en las que no se acendra la miel del conocimiento ni el acibar de las verdades sinceras.

¿Y cómo estimar, cómo calificar a esa otra crítica que es toda vituperio y escarnio? ¿Cómo puede blasonar de culto o de semicivilizado el pueblo donde las cosas del pensamiento y del espíritu se discuten a estacazo limpio, en medio de vociferaciones y de canallescas injurias? Mezclar las flaquezas, debilidades o vicios

de un literato en la valorización de sus méritos artísticos, es de un primitivismo grosero; es el canibalismo literario; la crítica de los antropófagos. Quien quiera morder, quien sufra accesos de hidrofobia, no profane los temas altos y delicados, las cuestiones abstractas, los fueros de la belleza impassible y serena, en sus delirios. No es propio de hombres educados y menos de quienes a sí propios se han llamado sacerdotes de la Poesía, llegar a sus blancos altares con arcestos jayanescos y con odios homicidas. Campos hubo en todos los tiempos reservados a las pugnas físicas y personales, en donde el hombre puede gastar el exceso de brutalidad que lo abruma. La lid espiritual pide maneras pulcras, entusiasmos refrenados por una voluntad vigilante, y la obediencia a los cánones de una intransigente, de una intolerante gentileza.

No estamos todavía preparados, reconozcámoslo con dolor, para la crítica. Ella requiere larga y serena preparación, disciplinas intensas y tenaces, madurez de juicio, vasta y cuidada erudición, gusto natural y cultivado, tranquilidad de pensamiento, y un grado de leve escepticismo y de mesurada desilusión, que permita moverse sin sobresaltos entre las opiniones divergentes. Aún no tenemos eso. ¿Por qué no hemos de aguardar?

Armando SOLANO

## TU NOMBRE

Hoy, a la madrugada, abandoné la ciudad y llegué caminando al raleado bosque que susurra en uno de sus costados.

Primero caminé lentamente por las anchas calles polvorientas, bordeadas de pesados y tristes sauces, hundiendo voluptuosamente los pies en la capa de polvo alta y muelle que las recubre; luego me interné en la espesura silenciosa y triste.

Cuando la sombra de los árboles se inclinó, pesada, sobre mí, empecé a envolverme dulcemente el rumor del amanecer.

Y fue en aquel aislamiento, como si me hubiera escapado un momento de la tierra, para habitar un planeta misterioso y desconocido.

Una melancolía, agria, extraña, profunda, descendió hasta mi alma. Todo amaba allí, menos yo. Todo era feliz allí, menos yo. El tronco muerto, y la hojarasca seca, y la tierra húmeda y el charco de aguas amarillentas, no pedían más a la naturaleza de lo que tenían; en su placidez, en su sosiego infinito, en su respiración oculta, interior, en su canto humilde y reposado, comprendí que todo está bien sobre la tierra; todo menos yo, todo menos mi alma.

Entonces te recordé, ¡oh tú que no me amas, oh tú que eres cruel conmigo, oh tú que eres de otra!

Y al recordarte yo también amé; con mis manos, dulcemente, palpé el tronco áspero y seco, y le dije: —Recibe el calor de mis manos y la suavidad de mis dedos; acaso allí mismo donde mis manos se apoyan, esté por brotar una fina yema y mi magnetismo la precipite a nacer.

Me senté cerca del charco amarillento manchado de grandes islas de pastos verdes, y recorrí, con mis ojos, toda la extensión de las aguas, acariciándolas; recogí, del suelo, las hojas muertas y las puse so-

bre mis dedos hasta entibiarlas; corrí luego de un lado a otro, subiéndolo y bajándolo a través de los troncos caídos, proyectando mi espíritu fuera de mí misma, para que se mezclara con lo que me rodeaba.

Por entre las ramas separadas el azul del cielo me miraba con fijeza, y donde quiera que se alzaran mis ojos lo veían suspenso sobre mí.

Entonces me quedé quieta, inmóvil, fija, mirándolo también, devolviéndole el azul de mis ojos.

Y el azul comprendió.

Poco a poco bajó de su altura, envolvió los árboles, llenó el aire, atravesó mi sombrero, mis zapatos, mis ropas, filtró a través de mi carne y la hinchó de azul.

Fue entonces cuando tu nombre me llegó de golpe, de todas las partes del alma y del cuerpo, de cada uno de los puntos de mi ser, a la boca.

Exaltada, fuera de mí, dirigí mis labios a la copa de los árboles y lo grité a pulmón pleno, me incliné luego sobre las aguas muertas y lo grité a pulmón pleno, me acosté sobre las hondas y retorcidas raíces y lo grité a pulmón pleno, busqué las aberturas de los troncos muertos y lo grité a pulmón pleno, me dí vuelta al sur, al norte, al este y lo grité a pulmón pleno una, diez, cien veces.

Oh tú el que no me amas, oh tú el que eres cruel, oh tú el que eres de otra: a la hora en que yo gritaba tu nombre y lo filtraba para siempre en los troncos muertos, tú dormías aún en la gran ciudad, en un mequino y cerrado cuarto, muy cerca de tu amor.

Si el viento te buscó a través de la gran urbe para llevarle el grito mío, rozó inútilmente tu ventana, zumbó inútilmente tu nombre en los cerrados postigos, e inútilmente quiso interrumpir tu dulce reposo.

Alfonsina STORNI

Buenos Aires, 1921.

## EL TESORO DE LOS POBRES

Este cuento es para niños; pero como todos los hombres tienen algo de niños, es posible que también sea para hombres.

Eran dos viejos, un hombre y una mujer, muy pobres, que no tenían casa en qué dormir, ni lumbre con qué calentarse, ni pan con qué engañar al hambre, ni abrigo con qué abrigarse. No tenían nada, absolutamente nada, puesto que eran pobres.

Una noche de invierno iban por un camino solo, y blanco de luna y de nieve. Sus estómagos estaban vacíos: no habían comido nada en todo el día, y ni siquiera tenían dónde descansar. Caminaban, caminaban, caminaban, sin saber a dónde iban. Como dos niños o como dos hermanos, bajo la noche cruel y bella caminaban cogidos de las manos. El hambre les había puesto los ojos brillantes y las lenguas mudas.

De pronto, en un recodo de la carretera, se en-

contraron con un gato. Era un gato pobre, que no tenía dueño, ni carne con qué engañar al hambre, ni abrigo con qué abrigarse, porque la sarna le había dejado la piel sin un solo pelo. Era un gato que no tenía nada, puesto que era pobre.

La mujer vio al gato y dijo al viejo:

—¡Pobre gato!... Ampáramosle en nuestro regazo y calentémosle con el poco calor que tenemos.

Y tendió la mano para cogerlo, pero el gato huyó y les dijo:

—Seguidme, que os llevaré a una casa donde tendréis techo al menos.

El viejo y la vieja siguieron al gato al través de zarzales y hondonadas, hasta que llegaron a una choza formada con dos paredes de paja y un techo también de paja. Cuando los viejos se metieron bajo el techo miserable, el gato desapareció.

La vieja, temblando de frío, dijo:

—Si hubiera aquí un poco de calor . . . . .

—Verdaderamente, respondió el viejo, porque hace tanto frío como en la carretera.

Apenas dichas estas palabras vieron surgir en la sombra del fogón dos brasas enormes. Los viejos se acercaron y tendieron las manos para calentarse. Después se echaron sobre la tierra húmeda, se envolvieron en sus harapos y se quedaron dormidos.

A la mañana siguiente despertaron, y vieron que en el fogón no había cenizas ni señales de haber habido fuego en mucho tiempo. Ellos no comprendían aquello, pero el gato se acercó y les dijo:

—La llama de mis ojos ha sido la lumbre que os calentó durante la noche. La ilusión, hermanos, es el único tesoro de los pobres.

Juan RICHEPIN

## SONETO

No te des por vencido, ni aun vencido  
no te sientes esclavo, ni aun esclavo;  
trémulo de pavor, piénsate bravo,  
y arremete feroz, ya mal herido.

Tén el tesón del clavo enmohecido,  
que ya viejo y ruín vuelve a ser clavo;  
no la cobarde intrepidez del pavo  
que amaina su plumaje al primer ruido.

Procede como Dios que nunca llora,  
o como Lucifer que nunca reza,  
o como el Robledal, cuya grandeza,

Necesita del agua y no la implora...  
que muerda y vocifere vengadora,  
ya rodando en el polvo, tu cabezal

ALMAFUERTE

# FAUNA

## EL SAPO

*Piedra con vida, que al saltar sin tino  
del negro monte por el seco tajo,  
vas a caer en el oscuro y bajo  
charco, espejo de todo lo mezquino.*

*Qué pequeño y qué torpe es tu destino,  
qué torpe y qué pequeño es tu trabajo,  
sólo sirves así como estropajo  
para limpiar el todo del camino.*

*¡Oh, bufón de los campos! si te irritas,  
—como un puño apretado— en la maleza  
muestras al cielo tu joroba y gritas.*

*Hundir debieras la aplastada frente;  
que así, chato, pareces la cabeza  
rebanada de golpe a una sepiente.*

## LA CULEBRA

*Bajo la hierba se desliza y salta,  
rompiendo el tallo y profanando el nido,  
en zig zag caprichoso y aturdido  
como presa de fiebre que la exalta.*

*Al rededor de la robusta y alta  
encina secular trepa, sin ruido;  
y enroscada después, lanza el silbido  
atentador de la primera falta. . . .*

*Entre los sueños de mi mente oscura,  
triumfante en el macábrico dominio,  
la he mirado surgir reseca y dura;*

*y vibrar en los aires, empuñada,  
por el Genio infernal del Esterminio,  
matadora y viril como una espada.*

## A UN ASNO

*Joven asno que trotas y te alejas  
con tu carga de amor, óye mi acento;  
y no porque te zumba alegre el viento  
sacudas tus larguísimas orejas.*

*Oyeme, asno cruel, ¿por qué no ocjas? . . .  
¿por qué huyes con tu aldeana en el asiento,  
sí símbolo de dicha son, jumento,  
las herraduras que estampadas dejas?*

*Joven asno, óye bien. Yo te daría  
este rincón que es el mejor del prado,  
este árbol que hace sombra todo el día,*

*este arroyuelo que temblando arranca. . .  
¿por ese pie que aprieta tu costado!  
¿por esa mano que palmea tu anca!*

## EL GALLO

*El de la pluma recostada y fina,  
del amplio pecho y de la frente enhiesta,  
es el gallo,—Tenorio que domina  
sobre la blanca y cándida gallina—,  
Tenorio con estacas y con cresta.*

*Ese Tenorio que a su Inés adora,  
despiértala al rayar de la mañana,  
cuando el beso del sol las cumbres dora,  
centinela avanzado de la aurora,  
primer clarín de la primera diana.*

*La gallina azorada que despierta,  
al soplo ardiente del amor se esponja,  
mientras el gallo, con el ojo alerta,  
del estrecho corral canta a la puerta;  
¿que si el Tenorio es él, ella es la monja!*

## EL PAVO REAL

*El pavo real es el señor vizconde  
que con golilla tornasol pasea;  
entre plumas magníficas se esconde;  
y con un grito trémulo responde,  
si la alegre gallina cacarea.*

*Pasea como un rey entre sus galas,  
luciendo altivo las abiertas rosas  
que en amplia confusión forman sus galas;  
él, que tiene en la cola y en las alas  
prendidas un millón de mariposas. . .*

*Vedle cómo en su cuello, donde empieza  
ese matiz que entre las plumas caga,  
orgullosa levanta la cabeza:  
¿vedle cómo conoce su belleza  
y con su propia vanidad se embriaga!*

*Vedle cómo, señor de los señores,  
mueve a compás el cuerpo en que tremota  
la bandera de todos los colores,  
mientras luciendo va todas sus flores  
sobre el arco iris de la abierta cola.*

JOSE SANTOS CHOCANO

## DE JULES RENARD

### UNA FAMILIA DE ARBOLES

Los encuentro después de haber atravesado una llanura chamuscada de sol.

No habitan al borde de la ruta, por el ruido. Habitan en los incultos campos, junto a una fuente conocida sólo por las aves.

De lejos parecen impenetrables. Apenas me acerco aflojan sus troncos. Me acogen con prudencia. Puedo reposar, refrescarme, pero adivino que me observan y desconfían.

Viven en familia, los mayores en medio y los pequeños, aquellos cuyas hojas son recién nacidas, por todos lados sin apartarse nunca.

Tardan en morir, y conservan sus muertos en pie, hasta que caen en polvareda.

Se acarician con sus largas ramas para asegurarse de que están todos allí, como los ciegos. Gesticulan de cólera si el viento se sofoca por desarraigarlos. Pero ninguna disputa entre ellos. Sólo de acuerdo murmuran.

Siento que deben ser mi familia verdadera. Olividaré pronto a la otra. Estos árboles me adoptarán poco a poco, y para merecerlo aprendo lo que es preciso saber:

Sé mirar las nubes que pasan.

Sé quedarme en el mismo sitio.

Y sé casi callarme.

### EL RATON

Cuando, a la claridad de la lámpara, trazo mi cotidiana página de escritura, escucho un leve ruido. Si me detengo, cesa. Continúa apenas rasco el papel. Es un ratón que se despierta.

Adivino sus vaivenes al borde del hueco oscuro en donde la sirvienta deja sus trapos y escobillas.

Distingo que salta al suelo y trota sobre las losas de la cocina.

Pasa contigo a la chimenea, bajo el fregadero, se pierde en la vajilla y con una serie de avanzadas que aumentan, se acerca a mí.

Cada vez que dejo el lapicero, le inquieta este silencio. Cada vez que lo empleo, talvez cree que hay cercano otro ratón, y se serena.

Después no lo veo más. Está bajo la mesa entre mis piernas. Circula de un pie de silla a otro. Raza mis almodreñas, las mordiisquea o atrevidamente salta por encima.

Y necesito no mover la pierna, no respirar fuerte: escaparía.

Pero tengo que continuar escribiendo y por el temor de que abandone a mi hastío de solitario, escribo signos, naderías, menudamente, apenas, apenas, como roen sus dientes.

### EL BOTON

Mi capitán, con quien me cruzo y que me saluda, me detiene para decirme:

—Tiene un botón de la capota descosido que va a caerse.

Y vivamente posa el dedo sobre el botón, como si quisiera impedirle que cayera.

Sin menear la cabeza, zambullendo un ojo, trato de apercibir el botón por encima de mi nariz.

—Me parece que está firme, capitán.

—¿Le parece? Podría no discutir. Pero usted es inteligente y ocupa en la vida civil una situación distinguida. Lo sé y lo tomo en cuenta. Si el soldado definiendo a la patria, comprendo que el escritor cante su gloria. Tengo la pretensión de conocer a mis soldados y de juzgarlos en lo que valen. En una palabra, aplico el reglamento con tacto y deseo mostrarme indulgente con usted. Pero está descosido su botón.

—Mi capitán, sin embargo...

Alentado por su afabilidad, mobilizo una mano, cojo el botón, trato de arrancarlo y sólo alcanzo a hacer que oscile.

—Constato al envejecer, dice mi capitán, que las consideraciones no sirven para nada. Todos sois iguales, todos testarudos; queréis pasar por los más listos. ¡Qué miseria! En fin, basta.

Y mi capitán desenvaina el sable, lo tiende sobre mi pecho, aserrucha con viveza, hace saltar de un golpe seco el botón, lo coge al vuelo, me lo entrega y dice, más enristecido que severo:

—Mire qué bien pegado estaba su botón!

Jules RENARD

## LIRICA ANTIGUA

### SONETO

(Traducción de Díez Canedo)

No más veré la cabellera de oro  
que mi sol derramaba en el oriente;  
no más veré la luz resplandeciente  
de la estrella que adorna el tercer coro.

No más oír cantar a la que adoro  
versos de amor, más suave y dulcemente  
que el ruiseñor; no más tendré presente  
su pecho marfilino, mi tesoro.

No más tocar podré su breve mano,  
ni reposar sobre su blando seno,  
ni un ángel contemplar al lado mío.

¡Cuánlo el placer del mundo es breve y vano!  
¡Haye lo que deleita en vuelo impío  
y encubre poca miel mucho venenoi!

Pánfilo SASSO

(Nació en 1447 y murió en 1537. Sus obras italianas se publicaron en Venecia en 1613. *Opere del prolarissimo poeta Messire Pánfilo Sasso*. Dejó también poesías latinas. Era modenes de nacimiento.)

## NOTAS GRAFICAS



GABRIEL LATORRE, por Vélez



JOSE SANTOS CHOCANO.

Ilustre poeta peruano, quien, según anuncia el cable, ha fallecido en Centro América.



Edificio del Banco de Caldas, de Manizales, construido en cemento armado, según planos de Olarte, Vélez & Cia.

# NOTAS GRAFICAS



Algunos aspectos de la Procesión anual del Corazón de Jesús en Medellín

## LOS NENUFARES

(De Rostand)

El lago donde el sol vierte su somnolencia,  
de nenúfares blancos amaneció florido,  
Los unos, de las ondas plenamente surgidos,  
en el aire se mecen con graciosa indolencia.

Otros que no pudieron elevarse a la altura:  
mas en la superficie las abiertas corolas  
son como una sonrisa, y acarician las olas  
los cálices flotantes de infinita blancura.

Ot os aún más lejos, al brotar a la vida  
desmzyaron, y tienen los pétalos cubiertos  
por las aguas, y fingen como pálidos muertos  
tras de la transparencia de la onda dormida.

Así mis pensamientos en germinar silente:  
hay unos que brotaron plenos y triunfadores,  
y son cual los nenúfares de tallos tembladores  
agitados apenas por la brisa indolente,

Otros hay, los más dulces y caros al poeta,  
que se dejan tan solo, como en una caricia,  
flotar a flor de alma, con íntima delicia,  
cual flores que bogasen sobre las aguas quietas.

Y en mí sdr siento a veces germinar noche y día,  
trágicos pensamientos que la luz nunca vieron:  
son como los nenúfares que, impotentes, crecieron  
en el lóbrego fondo de la onda sombría.

Eusebio JARAMILLO

Traducción para (SABADO)



## LOS CUENTOS DE "SABADO"

# ESTA SI ES BOLA

El aguijón del hambre saca al feróstico del encierro. «Mi almuerzo», brama, autoritario y montañés. «Ya va, El Niño», y la vieja le vuela que ni un rehilete. En atacándose el pipiripao de la pezuña y la chocolata de tres pastillas, torna a encoarse. Julita abre, entonces, y ordena se cierre el portón y no se abra, aunque le tumben a porrazos; mamá sale, toda ángerida y espiritada por la pena; a fuerza de ruegos, le hace comer unos bocados; las dos entran al fin en conciliábulo.

La pérdida del bolo prodigioso era un hecho definitivo, ya que ni siquiera podía divulgarse. La madre opina que se debe decir a Vallecilla que se lo han robado, sin saberse cómo ni cuándo. Atroz le parece a la cuidada este recurso; supone enorme descuido de su parte. Más valía, en tal caso, decirle la verdad toda entera; pero doña Ilduara se opone a ello abiertamente: Vallecilla, en vista de atentado tan desdorado, se guardaría de entrar en la familia. No era para menos la maldad tan inaudita de aquel loco. El único remedio era trabajar otra bola y hacerle creer a Vallecilla que era la misma que él iniciara. «Imposible, mamacita», gime Julia desesperada. Eso era engaño y traición al par que suprema estupidez. ¿Qué virtud ni qué influencia podía tener en su vida otra bola, sin la intervención de su Javier? ¿Qué valor podría alcanzar, con papeles que no pasasen por sus manos? ¿Cuál, sin su ayuda, sin sus ilusiones, sin sus besos? La bola era única, insustituible en el mundo. Ni Javier mismo podía pensar en hacer otra. Ni debería nunca saber su pérdida; porque, a su justa indignación, se agregaría el ridículo que iba a caer sobre los dos. La pérdida era irremediable; era la fatalidad. Ella sola arrostraría la desgracia, con todas sus consecuencias. Los sollozos no la dejan hablar y en su mente encalabrada se arremolinan mil horrores.

Doña Ildua, gimiendo a moco y baba, sale al corredor, se enjuga, se suena, prende tabaco; y, por entre las hileras de matojos, da vueltas pasadas en torno del claustro. Aquello es un peripato hondo y filosófico. El humo consolador, el colorcillo de cielo de las azulinas, la frescura de los helechos, el mismo San Cayetano, le van despejando la mollera. El sentido acomodatado del casuismo va surgiendo, y al fin se define, preciso y categórico. Con aire inspirado torna a la hija, se sienta y dice, con acento augusto de serenidad:

«Vea, Julita: no se ponga así, y atiéndame un momento: Hacer otra bola no es traición ni engaño, ni siquiera mentira. En estas cosas lo que vale es la intención. Se consiguen las ilusiones; y usted las besa, por usted y por Vallecilla; y las arregla, como las arreglaron entre los dos. Se consigue papel; y lo pega como pegó el otro. Cuando la bola esté del tamaño del peso de la otra, Vallecilla la coge, la manosea y la besa. Con eso queda con la misma virtud de la otra. Mire: el papel ha pasado por sus manos; y los besos entran adentro, hasta las ilusiones.»

Al argumento del beso, Julita abre los ojos, animada. Mamá tenía razón: los besos se iban muy

adentro. Mamá era muy inteligente. Con voz menos ungida de llanto, pregunta ansiosa:

—¿Y qué le digo yo a Javier, mientras tanto?

—Pensemos a ver, m'ija.

Apóyase en la mesa, pone la mano sobre la frente pensadora, entorna los ojos y calla.

—Diga, mamacita—suplica la esperanzada, pasado un minuto.

—Pues vea, Julita (saliendo del recogimiento). Le dice, que anoche, soñó. . . una cosa muy particular. Vea: que estaba. . . entre muchas señoras, como maestras o religiosas, muy sabias y mandonas; y que una, la más principal de todas, dijo, allá con una voz muy patente y muy miedosa: La Bola de la Felicidad no hay que hacerla de seguido; hay que guardarla por unos días; y que usted despertó con la impresión; y que, por eso, ha guardado la bola; y que no la saca por ningún motivo. El creará que es mofio suyo; pero de ahí no pasa.

Mamacita era hasta bruja. Y quien la veía. Eso con sueño y todo, era muy lindo, muy elegante, muy distinguido; parecía, enteramente, cosa de cine.

Discuten, luego, sobre el modo de practicar el plan; y al fin y a la postre, acuerdan:

Las aretas consabidas se cambiarían, con un platero, por el par de ilusiones. Lo que dieran, encima, les venía de perlas. El papel se conseguiría en una confitería. . . y a la obra.

Teronesa, comadre de Ubalda, le ha gestionado a doña Ildua ventas y empeños con gran reserva y mayor habilidad; como que es mujer muy de bien, de mucha labia y discreción.

¿Y qué harían con las Naudines? En eso estaba la dificultad. Si oían el enredo, se lo piconeaban al momento a Vallecilla, con mil añadidos. No había más que sostenerles lo del sueño y trabajar en la bola, a puerta cerrada. Con tal que no cayesen en las repreguntas. . .

Ya el Municipio ha prendido sus luces mortecinas, ya humean en el comedor los frisoles vergonzantes; pero las pobres apenas si los prueban. Vallecilla no tarda. Madre e hija están en expectativa.

En aquel paralelogramo de casas, se emplaza la de doña Ildua en la esquina S. O., con frente a la calle y costado a la carrera. Al extremo de éste campea la puerta falsa, esa puerta providente, exenta del ojeo inquisitorial de las Naudines, por donde entran y salen los comercios de Ubalda, las diligencias de Teronesa y las proezas de Millo. Como el novio viene indistintamente, ya por la calle, ya por la carrera, se le espera por ambos lados.

Mentir es fácil por improvisación; por deliberación ya no lo es tanto; madre e hija están sobresaltadas. Siéntense pasos. . . Es él.

«Sálgale, usted mamacita, primero—le ruega la apurada—A mí me nota el ofusque. Cuénteles todo y prevéngalo, usted que sabe. Llámeme cuando sea tiempo.»

No se hace rogar la dama. Al abrir la ventana aparece la figura prócer del caucano, más blondito y zarceño, con el flamante terno, azul oscuro. Pre

vió saludo y aún sombrero en mano, pregunta alar-  
madísimo:

—¿Qué es la cosa, mi señora Iduara? Me aca-  
ba de decir Marciana que Julita se ha dado un golpe.

—Sí no es nada, Vallecilla.

—No me niegue, mi señora: usted está como  
asustada.

—El asustado es usted; y le parece que yo y  
Esas son exageraciones de Marciana, que es tan fa-  
tal. Mire: todo fue que, por hacer casabates en el  
cuarto, medio se aporreó contra el catre, pero ni ca-  
so le he hecho al golpe. Pero, eso sí: amaneció hoy  
atacada. Usted no sabe, todavía, lo sensible y tierna  
que es esta niña. Ha llorado como no tiene idea. No  
ha querido ni comer. Anoche soñó una cosa, que no  
tiene nada de malo; pero ella se ha impresionado (na-  
rra, no tan bien como quisiera, el poema de su mater-  
nal fantasía). Horita sale (recuerdo del Congreso).  
Fue que la cogió sin arreglarle.

—Y usted, también está como impresionada.  
es cierto?

—Pues...tal vez; porque así somos las madres.

—Sí está. Se lo noto. Y vea una cosa, señora:  
creo que ya me debe considerar como a su hijo. Por  
lo mismo, debe hablarme con toda franqueza. Aho-  
ra, con esta situación, son muy pocos los que no están  
en apuros; y...usted puede estarlo. Si es así, yo le  
puedo ayudar, con muchísimo gusto. Y no le de nin-  
guna pena: hágase cuenta que es Millo o don Eladio.

—Gracias, Vallecilla (casi a punto de llorar).  
No sabe cuánto se lo agradezco y cuánto gozo al  
verle esos sentimientos tan lindos. Pero no estoy en  
apuros. No lo crea. Como le hemos contado, he perdi-  
do bastante; pero, hasta ahora, tenemos de sobra,  
como siempre. Cuanto he hecho—y eso por consejo  
de Lucy, que es tan práctica—es suprimir el vino  
en la mesa, y conformarnos con las galletas y los  
dulces de aquí. Eso han amansado, ahora, las pobres  
visitas.

—Pues con toda franqueza, mi señora, si llega  
el caso. Estoy para servirle con todo lo mío.

—Le repito las gracias por este interés, tan  
bonito, que toma por nosotros.

—Es mi propio interés, señora: puedo decir que  
usted y Julita van a ser toda mi familia. Julita le  
habrá dicho que nunca nos separaremos de usted bien  
sea que nos vamos para el Cauca o para los Estados  
Unidos. Mi padre y tía Clemencia están ya muy an-  
cianos; Melba y mi cuñado Lloreda están estableci-  
dos en New York; mi madrastra no la va conmigo y  
le ha inculcado a mis hermanitos la antipatía que  
me tiene. Ya ve, pues, que no puedo contar sino con  
ustedes; y, si Millo se asienta y deja las tonterías, pue-  
de trabajar conmigo. Yo soy muy acomodado, mi se-  
ñora Iduara; puede decirse que rico. Vivo muy bien y  
no gasto ni la mitad de mi renta. Y no se lo digo por  
deslumbrarla. A mí no me ha alcanzado la crisis. Al  
principio me alarmé y puse no sé cuántos telegramas  
y escribí no sé cuántas cartas; y todos me con-  
testaron que no tuviera el menor cuidado. La casa  
de «Buenaventura, Cajiao», donde tengo el capital  
que me dejó mi madre, ha sido tan previsora que no  
se ha metido en negocios arriesgados y no ha perdi-  
do una sola deuda: se ha escapado, en este diluvio,  
como el arca. Ya ve, pues, señora, que tiene un yer-  
rito que le puede servir. ¿Por qué no me ocupa en  
algo? Ocupéme, señora, con toda confianza.

—Cuando llegue el caso, cómo nó? (ya no con-  
tiene el llanto). Y permítame le llamo a Julita.

Tardar un tantico, por explicar esas lágrimas.

—¡Dios nos libre y nos favorezca!—clama Ju-  
lita, no bien entiende—; primero me alquilaba de  
dentroera.

—Sí no me lo tiene que decir, m'hija.

¡Oh, pudor hipócrita de las apariencias: en  
cuántas pones a tus esclavos! Así y todo, si no se  
opusiera Julita. . .

El coloquio, por motivo de la escondida de la  
bola, es largo, tendido, con nuevos matices de ter-  
nezas. Por tres veces el cuerpo sin alma ha recibi-  
do consolaciones inefables.

Pasan tres días y la tal Teresona no parece:  
tiene un hijo enfermo y no hay modo de reemplazar-  
lo. Millo, tampoco ha dado señales de vida, en la ca-  
sa. La reina de Vallecilla se desespera con la de-  
mora.

El sábado las lleva al teatro, a ver, oír y admi-  
rar la «Pueblo de las mujeres», dada, para otras bras,  
por señoritas y señoritos, artistas donaires del  
copete.

A la vuelta, hay cena opípara, preparada de an-  
temano, en el Hotel Europa.

A las nueve del domingo, aún duermen como  
ángeles roncadores. Ubalda, entre tanto, se enreda con  
encontradas cavilaciones. Desde las cuatro, sintiera  
entrar al niño; y a propia hora, sale, a la Catedral, a  
misa de alba. A su vuelta, ¡qué espanto! El aparador  
y la alhacena han sido forzados; el resto de la vajilla,  
los cubiertos y la mantelería. . . ni vistos ni oídos; en  
la cocina, faltan el perol, la olleta grande y la paila  
conservera.

La señora que se levanta y Ubalda que se le  
aboca.

—Camine y verá niña Iduara: go el niño es  
brujo go trujo carro.

—Ah, infame!—plañe la dama, no bien enten-  
de.—¡Carros y terciadores traería ese bandido!

—Bandido, tampoco, niña: si quitó es de su ca-  
sa. El culpante de todo es don Eladio, por mantene-  
lo en est' inopia. ¿Qué trabajo le dá feriar ganao?

—¿También le disculpa esta hazaña?

—Qué tanta necesidad tenería. Póngase a pen-  
sar. Y como son aquí pa cobrar... No digo yo El Ni-  
ño, que es tan avispa; hasta los santos echarían por  
la call' el medio. La Virgen del Carmen me lo libre  
de una mala hora. . . en casa ajena.

—Lo que más me duele es mi porcelana china  
para el té y mis cremeritas color de rosa.

—Pa qué es uno pegase de unos tristes vidrios.  
Cualquier día nos morimos y toito nos sobra.

—Por supuesto. Como le dejó tánto en qué ha-  
cer el dulce. . .

—Ay'tá la Virgen, niña Iduara.

Por fin parece Teresona, ese martes fatídico.  
Aquel juego de té tan admirado, tan prestigioso, que  
la dama guardaba en su armario, por escaparlo de  
las garras de Millo, tiene que venderlo. Teresona  
vuelve de la venta, y con el importe, trae la noticia  
tremebunda: El Niño está en la cárcel, lo han cogido,  
complicado en una culebra de rateros.

La madre ni aun llora: no tiene alientos. Da  
por cierto eso sí, que Vallecilla se les corre. . . Un  
caballero de su talla ¿podría entrar en esa casa?

Fáltale aún el adorno de las Naudines. No tar-

dan, las cuatro en comunidad y a cuál más efusiva, acuden a la condolencia. Marciana, la elocuente, lleva la palabra: «Hemos estado tan ofuscadas; la hemos pensado tanto, Ilduarita; eso siempre es un honor muy grande». Y esto y lo otro y lo de más allá; y, luego, la indagatoria y los comentarios.

El miércoles llama Vallecilla a la atribulada suegra.

—Vea, mi señora—le dice muy discreto—todo lo suyo, bueno o malo, es cosa mía. Desde ayer supe lo de Millo. . . Busqué a Palacios, que es muy buen abogado; y, como no lo tienen comunicado, nos dejaron verlo. Le suplicamos que no nos ocultara nada; y creo que nos habló con toda sinceridad. Según Palacios, lo excarcelan muy pronto. Yo lo mandé, ante el Juez que instruye el sumario, a que me ofreciera como fiador. Así es, señora, que la cosa es de pocos días. Y vea: el susto le puede convenir.

—Qué vergüenza! Vallecilla (tapándose con ambas manos).

—Por qué, señora? Eso son muchachadas de Millo; él todavía es un aturdido. Y estas cosas están al orden del día: son signo del tiempo. Antes serían mal vistas; ahora son casi una elegancia.

Qué hombre, ni por estas picardías tan feas se conmovía su nobleza. ¿Qué fuera de ella y de Julita si no tuvieran a este ángel? San Cayetano se los había enviado.

No abulta demasiado la reconocida viuda: Vallecilla es de lo poco bueno que hoy se encuentra. Petulante y aparatoso, en apariencia, acaso por su plantaje y sus majezas, es, en realidad sencillo, sincero, culto por dentro y por fuera, hidalgo y generoso. Con todas las disipaciones de la juventud y todos los medios para proporcionárselas, estudia y lee, a conciencia y con provecho. Es de estos mozos listos, que para todo tienen tiempo y de los que aquí llamamos intelectuales. Con pseudónimo, no divulgado todavía, publica crónicas no muy sosas, y poesías, si no del todo originales, limadas y armoniosas. Ama a Julita con alma y cuerpo, tal como se lo repite. Se encanta de su ingenuidad, de su desconocimiento de la vida y hasta de sus matachinadas indumentales. Por lo mismo que la encuentra amorfa y maleable, pretende fundirla a su imagen y semejanza. El jueves siguiente llega, desde las cinco, con aire extraño y negro traje. Madre e hija están a la ventana. Desde el saludo se alebrestan. Saca un papel amarillo y dice, con voz medio opaca:

—Vea, Julita: todo su llanto de hace ocho días, fue presentimiento. Oígallo (leyendo): «Patricio gravísimo. Vénte inmediatamente. Opinan médicos al canzaráslo. Comunicarémosnos poblaciones perniciosas.—Clemencia».

—Imposible, Vallecilla!

—Sí, señora: así es la vida. Mañana me voy: ya tengo arreglado todo y compañeros hasta Manizales. No creo que alcance al vejito; pero debo irme. No llore, porque . . . no debo llorar.

Todo sería cuestión de mes y medio, a lo sumo ni soportaba mayor ausencia ni podía perder sus últimos cursos. Juramentos, ternuras, planes, reiteración de servicios, todo se concentra en este adió, en que hasta la misma bola se ha olvidado. Deja a ambas prendas de despedida; y doña Ildua le pide el telegrama.

Apenas pártete, corren, entre lágrimas, a exami-

nar los recuerdos. «Maravilla» y «Sueño» se combinan, en uno y otro. Para mamá, escarcela policromada avalorio; para Julita, marquesa, entre dos puntos verdes. Supera al ideal, porque ella se la ha soñado sin esmeraldas. Hasta divino era este hombre. Aquello destella lumbres de ilusión y de esperanza. Julita menea el estuche de lado a lado y doña Ildua no acaba de pasmarse. A tal pena, tales consuelos. Todo eso eran paradas de San Cayetano: apretaba pero no ahorcaba.

En estas y las otras entran Marciana y Ana Joaquina. ¡Qué examen! Doña Ildua, en medio de la tristeza, habla con tal seguridad, que se deja decir muy tranquila:

—En el mes entrante nos deben venir los catálogos, que nos manda Melba, de Nueva York. Ella nos va a despachar todo el ajuar.

—¿Por su cuenta, Ilduarita, o por la de Vallecilla?—interroga Ana Joaquina.

—Por la mía, niña. No me crea tan ridícula.

—Es que eso se acostumbra en otras partes—enmienda Marciana.

—Pero aquí no—gruñe Julita.

Al fin salen. Todavía en el zaguán dice la implaceable:

—En la nuca me derriro la vuelta del Vallecilla. Hasta fingido será el tal telegrama; ni aun padre tendrá ese farolero. Pobre *Vitriña*: ahí la deja bien colgada y bien besuquiada. Eso es lo que se sacan de meterse con estos desconocidos, tan engañosos. Ni aun con los conocidos de aquí tiene una con quién casarse. Ahora con esos aventureros.

—Pero siquiera sacó flete la pobre—repite lo otra.

—Eso sí: muchos regalos, mucho auto, mucha María Guerrero. Pero para mayor afrenta.

Día por día, telegrama de cada pueblo. Viene el de la llegada; no ha alcanzado al padre; escribiría por el próximo correo. Menos mal; más corta la demora. Había que emprender la bola; consiguen todo y principian. ¡Idéntica a la otra! Ni la artifice misma las distinguiera. Pero no se entusiasma. Mal podría entusiasmarse: le faltaba, a la nueva bola, la gracia sobrenatural infundida por unas manos y unos labios lustrales: era como una niña sin bautizar.

Pasa el tiempo del primer correo; pasa el del segundo; y . . . ni telegrama ni nada. ¡Qué ansiedad, qué cavilaciones, qué alfilerazos los de Marciana! Por fin, la carta. La rompen, trémulas. Mucho amor, mucha promesa, mucha poesía; pero la Casa «Buena-ventura, Cajiao» ha quebrado, a tal punto que ni paga la décima parte. Casamiento, estudios, porvenir, varados; los amantes tienen qué acogerse al terrible *esperemos!*

¿Cómo contar la desgracia a las Naudines? ¿Cómo ocultárselas? Optan por lo primero y Marciana las consuela.

—Mi Dios que la quiere, niña: eselantagón, tan parecido a un judío de Semana Santa, tan zalamero y entrador, no puede hacer cosa buena: mina con mucho oro resulta mica.

Profestas y llanto, nada más; ahora menos que siempre podían echarse de enemigo a «esa alacrana».

A la semana siguiente las despiden los diarios para su finca de *Barro-Blanco*. Lo que no dice la prensa son las campañas de Eladio y los papales apremiantes y usurarios que ha tenido que firmar.

Algo dejan las señoras: y hasta los mendigos dejan. Con frecuencia, los herederos se sienten defraudados por el testador. Mas no así las Naudines: mucho que les agradecen las matas y trebejos que les han tocado.

—¡Pobre Ilduarita!—deplora Aquilina.—Bien dicen que uno muere en su ley: sacando arnacos, para las agencias, y ella echando cañas: que a la vuelta, si no se van para el Cauca, diz que van a comprar mobiliario a la última.

—Sí, Aquila—salta Marciana.—Se los despa-cha Melba, desde Nueva York. Lo malo es que Ilduarita se va a ver muy feo en tanto lujó: se le van a desteñir en *Barro-Blanco* esos colores tan lindos que trajo de Bogotá.

—¡Pobrecita *La Vitrina!*—exclama Rosa Emilia.

—No creas—responde Marciana—; esa se consuela al momento; ya la peone, con todos los corotos, haciéndole caritas a los peones. Pero los infelices cupidos sí se embromaron: se van a poner negros con el humo de la cocina. ¡Pobrecitos! Ya ven: tanto terciopelo y tantas pieles, tanto té y tanta bambolla, para volver a los alpargates y al mangarracho de la montaña. Las gentes que nacen entre la ceniza, entre ceniza deben quedarse toda su vida: caranga resucitada no pelecha.

Entre tanto, llegan las proscritas al más triste y antinómico de los destierros: al del propio rincón nativo, de quien se ha renegado y cuyo polvo se ha sacudido. Allí están, en la cañada lóbrega de *Barro-Blanco*. Hasta los negros Metautes les adivinan, en la cara, el desengaño y la vergüenza. Y ni el consuelo de la vieja Ubalda. ¿Cómo dejar ella al niño comiendo esa bazofia de los presos? ¿Cómo sin qué fumar: sin un harapo limpio, para tirarse encima? Atrafagada con el lio y el portacomida la verés, a diario, por los andenes de la cárcel. Asociada a Teresona ha abierto un tenducho por los alledaños del mercado; mas la infeliz anciana, caída de su nido, alejada de sus afectos, se consume de frío y de tristeza.

Oyeme, Lili; oyeme, Magdalena: vosotras que apenas despleáis las alas por el azul infinito del ensueño, acaso toméis a mala parte el que os dedique esta ironía tan dolorosa de la realidad. Perdon si, con allo, os importuno; pero, cuando elaboréis con las hojillas argentadas, pensad que ese miraje alucinador que llamamos felicidad, es esto, precisamente: una bola de papel radiante, que dura un momento, que cualquiera arrebatada, que se escapa de las manos y rueda y se despena, para siempre, por la misma pendiente de la vida.

Tomás CARRASQUILLA

## INFANTILES

### VIAJES EN AEROPLANO

—Fernando. . .! Fernando. . .!

Era la voz dulce de la abuela, un poco agría en esta vez, que el niño escuchaba en sueños.

—Fernando..... estás ahí.....? Volverás a faitar sin previo aviso, exponiendo así la vida de tus padres a una tan dolorosa inquietud, y tu vida, que es preciosa para ellos, para mí y para tí mismo? Ah... niño este, a quien la grave culpa debe de estar atormentando!

Fernando, al escuchar, se recogía en sí y vertía lágrimas en las que se cristalizaba una pena y la promesa de no volver a hacer sufrir a mamá con sus raros antojos.

Nane, la abuela, le hablaba desde el aposento vecino, en la galería izquierda de la casa, donde al grato hilo de sus cuentos hacía dormir cada noche a su nieto. Sí, era ella, metida en su cama de altas y gruesas columnas torneadas que sostenían dosel de raso hecho pliegues y pesados cortinajes de damasco; y el niño, desde el cuarto adyacente, escuchaba, atenta, aquella cordial reconvencción, mientras mamá mecía la cuna y retozaba—ya tranquila y feliz—con su hijo más pequeño.

Quiso Fernando, en un amontonamiento de ternura, besar a su madre, y a la abuelita que por él se desvelaba; y así deseándolo, para obtener un perdón absoluto que le diese alegría como la caja de soldados que el último correo de París le había traído, saltó de su lecho y llegó hasta mamá para besarla en silencio. . . Luégo corrió al rincón tibo, doblemente maternal, de Nane, y allí le dio esa maravillosa comunión que es un beso de labios infantiles, esa noticia de Dios que es el alma acompañante de un hijo visto nacer y recibido en los propios brazos temblorosos y santos de la abuela.

—Hijo travieso y malvado. . . Hombre cruel... ingrato....vacío de corazón. . .!—decía la anciana al corresponder los agasajos y al dejar que se durmieran sus manos, sus dedos, su cariño, entre el pelo ensortijado del pequeño y valiente héroe que le llegaba del espacio. . .

¡Qué grato arrimo el de la abuela y qué suave calor...! Pero nota Fernando que aquel nido cubierto trepidaba, se hundía en repentinos descensos o creaba alas potentes para alzarse muy alto. . . Ya se le oprimía el corazón, presintiendo una caída fatal; ora sentía la expansión de su alma, voluptuosos y fragante, al hender los abismos y subir. . . Extraño rumor, que no era propiamente el suave arrullo de su madre para el pequeño de la cuna, le fatigaba con sorpresa, a tiempo que veía girar rápidamente, hasta desvanecerse a su vista, dos aspas negras y anchas. . . Los brazos de Nane le oprimían, su respiración se agotaba. . . Alguien quería hablarle. . . era la abuela con su misma voz, súbito desesperada y loca. . .

—¡Hijo! Vamos a morir. . .! Abajo, muy abajo, nos espera la tierra desdoblada con sus montañas agudas y sus rios profundos. . . Falla la máquina. . . ¡Mira los ojos, la cara descompuesta del mecánico. . . Dios mío. . .!

En este momento la cama de la abuela, convertida en aeroplano mediante la teoría que se desarrollaba en el niño por los laberintos de su fantasía, paró la hélice, abandonó sus alas y se clavó desde una inmensa altura en silencio infinito dentro del cual la vida marcara en tres almas una agresiva trayectoria de segundos, oscura de terror y de muerte inevitable.

Una violenta sacudida imprimió aquel suceso en el cuerpo de Fernando; y su alma viajera como una gota de luna ociosa e independiente en la órbita de los sueños, recobró su quietud, vibró en la conciencia dormida del niño y le hizo despertar. . .

Bajo la tienda de campaña, al aire fresco de la noche brillante y sonora, descansaban Fernando y

su amable soldado de la Francia. Pero Fernando no acababa de creerlo! Ya en pie se pasaba las manos por sus ojos, y entre admiraciones y quejas decía algunas frases de las que se adivinaban unas cuantas palabras: «Nane... abuela... Hemos muerto? Nada ha pasado...! Por qué?»

El piloto, que también soñaba, despertó. Pero, soñaba éste de un modo más sereno e interrumpido casi gratamente, pues a intervalos abría los ojos, sentía a su compañero sano y salvo y volvía a cerrarlos, reanudando, casi exprofeso, su ilusoria excursión.

—Vén acá, niño—dijole a Fernando cuando ya le había oído algún relato ingenuo—; no ha sido más que un pícaro engaño... Mira el avión; nos espera...

Amanecía. Por oriente la mañana se hacía la señal de la cruz sobre el pecho virgen, que un polvillo de luz velaba. Por no ver a la mañana desnuda que ya iba a saltar del horizonte, se escondían las estrellas. Aún guardaba sonidos la llanura cual si creyera dormida a la mañana...

Volvió a decir el aviador.

—Vamos... Nuestro viaje será largo...

—Nó—dijole, vacilante, el compañero—, Nó... voy a casa; abuelita está triste; yo sé que está triste... Todos me esperan con ansia; yo sé que me esperan... Volveré... nó; no volveré...

Y Fernando se colgó del cuello de su amigo, para dejarle un beso de despedida y de agradecimiento, y corrió por los campos. Pero al salvar los linderos y caer sobre la línea férrea que guiaba a la ciudad, se detuvo, pensando y diciendo:

—Ir a la casa! Dejar al aviador! No puede ser todavía...

Y sonriente, despejada su alma, deshizo el camino con nueva y poderosa voluntad de volar. Ya llegaba cuando el piloto encendía el motor y hacía girar la hélice cuando la nave corría, utanas y brillantes sus alas, para tomar impulso y desprenderse de la tierra... Ya se alzaba serenísima, cuando el niño, con lágrimas por haber llegado a deshora, ahogada la voz, decía:

—Llévame, aviador...

Y puesto de rodillas sobre la llanura, prendidos sus ojos del raudito punto negro que se iba alejando en vuelo espiral, juntó sus manos a rogarle que volviese, hasta perderle de vista.

Fernando parecía, sobre el menudo cristal de agua que regaba el campo y saltaba a la luz, un gracioso genio de la mañana, o una criatura, pedazo de sol, que hubiese nacido de los misteriosos amores del cielo con la tierra.

EFE Y JOTA

## LA FELICIDAD

La utilidad no comprende solamente la persecución de la felicidad, sino aun la preservación y la atenuación de la desdicha. Si la primera aspiración es quimérica, la segunda no lo es, al menos en tanto que la humanidad piense que vivir vale la pena, y no busque un refugio en el suicidio recomendado por Novalis. Sin embargo, cuando se afirma tan positivamente que la vida humana no puede ser feliz, si esta afirmación no es un sofisma gramatical, al menos es una exageración. Si se entiende por felicidad una continuidad de placeres elevados, es evidente que en-

tonces es imposible alcanzarla. Un estado exaltado de placer dura algunos instantes; rara vez algunas horas o algunos días; es una llama brillante, pero que se extingue pronto. Los filósofos que enseñan que la felicidad es el fin de la vida, lo saben tan bien como los que los insultan. La felicidad de que quieren hablar no compone una existencia de éxtasis, sino una existencia formada de penas poco numerosas y transitorias, de placeres numerosos y variados, con un predominio del activo sobre el pasivo; una existencia basada sobre este principio: que no se debe pedir a la vida más de lo que la vida puede dar.

Una vida compuesta de este modo ha parecido siempre, a los seres afortunados que han disfrutado de ella, merecedora del nombre de vida feliz. Una existencia tal es, en suma, el patrimonio de un gran número de personas, al menos durante la mayor parte de su vida. Una mala educación, disposiciones sociales defectuosas, son los únicos obstáculos que impiden al mayor número de criaturas humanas alcanzar esta existencia.

Al lado del egoísmo, lo que hace a la vida poco satisfactoria es la falta de cultura intelectual. Un espíritu cultivado, y entiendo por tal no un filósofo, sino un hombre para quien están abiertas las fuentes del saber, y que sabe hasta cierto punto servirse de sus facultades, halla manantiales de interés inagotables en todo lo que le rodea. Las cosas de la naturaleza, del arte, las invenciones de la poesía, los incidentes de la historia, el pasado de la humanidad, su porvenir, todo puede interesarle.

En un mundo en que hay tantas cosas interesantes, tantas otras agradables, y, sobre todo, tanto qué reformar, qué mejorar, el hombre que posee un conjunto medio de facultades necesarias puede hacerse una existencia envidiable.

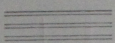
Stuart MERRILL

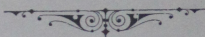
## DE LOS LIBROS

A uno y otro lado del camino se alzaban en interminable línea las dos paralelas de cercas de piedra, interrumpidas a trechos desiguales por los portales o entradas de las distintas fincas o haciendas. De vez en cuando, a cierta distancia del camino, se erguía sombría y muda como un gran túmulo, alguna casa campestre envuelta en el silencio y misteriosa a la luz de la luna. Todo era quietud en nuestro alrededor, salvo el mugir del ganado, bien de las reses mayores, bien de los becerros encerrados en los apriscos. Varias veces, alguna res asomaba por encima de las cercas de piedra su rostro y nos miraba con ojos llenos de admiración; de sus narices se desprendían dos pequeñas columnas de vapor condensado, que ascendían perdiéndose en el aire frío de la noche.

Atravesamos algunos puentes, y advertimos, más que por el murmullo de sus aguas, por el cabrilleo de la luna en los menudos pliegues de las ondas, la existencia de pequeños arroyos que cruzaban los campos. En las largas horas de nuestra marcha no encontramos un solo ser humano; tal se diría que nos hallábamos entre vestigios de un mundo muerto y que éramos nosotros los únicos seres animados, peregrinos en aquella vasta y desierta soledad.

S. PEREZ TRIANA

LLEGARON CIGARRILLOS  
 "PALMA HABANOS"   
 y  
 "PALMA CORRIENTE"  
 Fumé, volví a fumar y no  
 fumaré de otros



CANUTO TORO M.

ha trasladado su almacén a la Calle de Colombia, local que ocupaba "La Primavera"

VENTAS POR MAYOR Y AL DETAL

Teléfono 2-8-5

Es exclusivamente de contado toda venta al detal.

SI SON LEGITIMOS

y muy baratos, los sombreros  
 "BORSALINOS"  
 Que está vendiendo el acreditado  
 Almacén A. B. C.

PAGO ANTICIPADO

La Revista SABADO no servirá suscripciones sin el pago anticipado de su valor.

Todo suscriptor deberá renovar su abono al terminar el que haya pagado, pues de no hacerlo así, la Administración le suspenderá el envío.

La Empresa está segura de que es la única forma de adquirir vida larga e independiente, y por lo tanto no hará excepción ninguna en este sentido.

SOCIEDAD EDITORIAL LITERARIA

Propietaria de la Revista «SABADO»

Puntos de venta  
 permanentes de la Revista  
 "SABADO"

Librería Restrepo  
 Librería Cano  
 La Pluma de Oro  
 Papelería Nacional (Imprenta Editorial)  
 Tipografía Industrial  
 Agencia Rendón  
 «La Morgan»  
 El Correo Liberal  
 El Espectador  
 El Conservador  
 S. de M. P.  
 Club Unión  
 Moras & Cia.  
 La Bastilla  
 Chantecler  
 El Polo  
 Pedro Montoya  
 La Costa  
 El Vesubio  
 Monserrate  
 El Tennis  
 Café Madrid  
 Kioskos F. C. de Antioquia  
 Kioskos F. C. de Amagá  
 Manuel Isaza  
 Farmacia Latina

Valor del ejemplar, \$ 0.15

Papelería Nacional (Imprenta Editorial).



**PORQUE** su aroma es delicioso y su sabor exquisito.

**PORQUE** es preparada con agua esterilizada.

**PORQUE** en su fabricación se emplean materias primas de primera calidad.

**PORQUE** su precio es bajo:  
(\$ 0.96 la docena).

**PORQUE** se distribuye a domicilio sin recargo de precio.

Llame hoy mismo al teléfono 403

**COMPAÑIA DE GASEOSAS POSADA TORON**

FABRICAS EN

Bogotá - Medellín

Cali - Barranquilla

Manizales - Pereira